

Del amor por la ciencia y por la lengua

Ruy Pérez Tamayo

El 26 de agosto pasado Ruy Pérez Tamayo respondió, con declarado orgullo, el discurso que Julieta Fierro leyó ante los académicos de nuestro país con motivo de su ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua. Como discurso y respuesta son inseparables, la Revista de la Universidad de México los reproduce juntos en las páginas del presente número.

Quiero en primer lugar agradecerle a nuestra nueva académica de número, la maestra Julieta Fierro, cuyo bello discurso de ingreso acabamos de escuchar, la distinción que generosamente me ha hecho al invitarme a recibirla de manera oficial en nuestra corporación. Digo de manera oficial porque nuestras reglas señalan que el nuevo miembro electo debe demostrar su interés en la Academia asistiendo en forma regular a por lo menos diez sesiones ordinarias, antes de leer su discurso de ingreso y transformarse así de miembro electo en miembro de número.

Julieta cumplió puntualmente con este requisito, o sea que ya ha formado parte de nuestra Academia desde hace por lo menos cinco meses, en los que hemos disfrutado de su muy grata presencia, de su sencillez cautivadora, de su amor por nuestro idioma y de su experiencia como gran divulgadora de la ciencia. Quiero creer que la distinción mencionada obedece no sólo a que Julieta y yo pertenecemos al mismo gremio de los

científicos académicos y universitarios, sino a la bella amistad que hemos compartido durante muchos años. Muchas gracias, Julieta.

Como todo el mundo sabe, Julieta es desde hace mucho tiempo personaje central e indispensable en la cultura de nuestro país. Adornada con el manto de una preparación académica impecable, estimulada por un compromiso decidido con su vocación y dotada con una personalidad suave y atractiva, Julieta ha sido y es la campeona de la divulgación de la ciencia no sólo en México sino en toda Latinoamérica. Ésta es una vocación poco común entre los científicos, que cuando no la ignoran la consideran como de segunda clase, refugio de los que no logran salir adelante en sus trabajos de investigación o de los que ya han visto pasar los mejores años de su productividad original en el laboratorio o en el gabinete. Desde luego, el hecho de que las actividades de divulgación científica no sirvan para acumular puntos en las escalas académicas que influyen en las

promociones y en los distintos estímulos económicos abiertos a los científicos (como el SNI, el PRIDE, el COFIPE, etcétera) también ha influido en forma negativa sobre la popularidad de la divulgación de la ciencia entre los investigadores.

Pero como todos sabemos muy bien, se trata de una actividad de enorme importancia para la sociedad contemporánea, que en todo el mundo está viviendo los cambios cada vez más acelerados que le imponen los avances de la ciencia y la tecnología. No hay duda de que el impacto del conocimiento científico y del desarrollo tecnológico ha transformado no sólo nuestro entorno sino también, y de manera quizá mucho más profunda, nuestro concepto de nosotros mismos y de nuestras relaciones con el medio ambiente y con el resto del mundo en que vivimos. Desconocerlo como individuos nos condena a la marginación y al ridículo dentro de la sociedad, mientras que ignorarlo como comunidad nos coloca entre las subdesarrolladas y todavía sometidas a las supersticiones y al oscurantismo. Sorprende que esta situación todavía no haya encontrado respuesta en los medios de nuestro país (periódicos, revistas, radio, televisión) siempre tan perceptivos a las necesidades y a los intereses de la sociedad. Por ejemplo, en México hay periodistas especializados en política, en deportes, en sociales y hasta en la nota roja, pero no hay periodistas científicos; otro ejemplo es la pobreza de las publicaciones periódicas de divulgación científica, no sólo en número y en tiro sino en contenido,

en el cual las inexactitudes y falsedades compiten con el amarillismo (por lo que debemos felicitarnos de que sean tan pocas y tengan tan escasa difusión); un último ejemplo es la minúscula o inexistente fracción del tiempo que los programas de divulgación científica ocupan en las distintas estaciones de radio y televisión nacionales. Este desinterés de los medios por la ciencia y la tecnología es compartido por las más altas autoridades del país, que a lo largo del siglo XX sólo lograron pasar del reconocimiento de su existencia (CONACYT apenas se fundó en 1970) al discurso demagógico, en el que se han quedado ya más de treinta años. Un presidente de la República alguna vez me dijo: “Los proyectos que no afectan el presupuesto no tienen futuro” y, por lo menos para el desarrollo científico y tecnológico de México y su divulgación, tenía razón.

En los inicios de su carrera académica, Julieta Fierro adquirió conciencia de este problema, percibió el vacío que existía entre el desarrollo científico y tecnológico propio de los recintos universitarios y su conocimiento por la sociedad mexicana, por el pueblo que con sus impuestos hacía posible la existencia de los grandes centros de investigación pero que permanecía ignorante de su filosofía, de sus trabajos y de sus logros. Otros hemos sentido ese mismo vacío, pero pocos hemos respondido a él y sólo Julieta lo hizo con la determinación, la constancia, la inteligencia y la capacidad que han caracterizado su vida profesional y que todos admiramos. Voy a relatar dos episodios que me autorizan a hablar



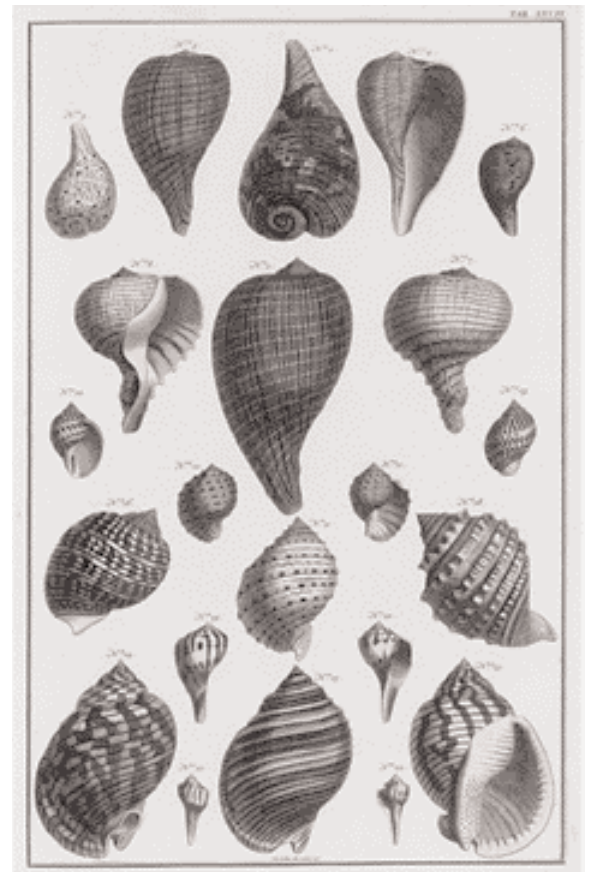
Torrecillas, terebras y tibiaes del área indo-pacífica y del Caribe



Moluscos terrestres, de agua dulce y marinos de Europa, Norteamérica y área indo-pacífica



Volutas de los mares tropicales de Australia, Indonesia y África occidental



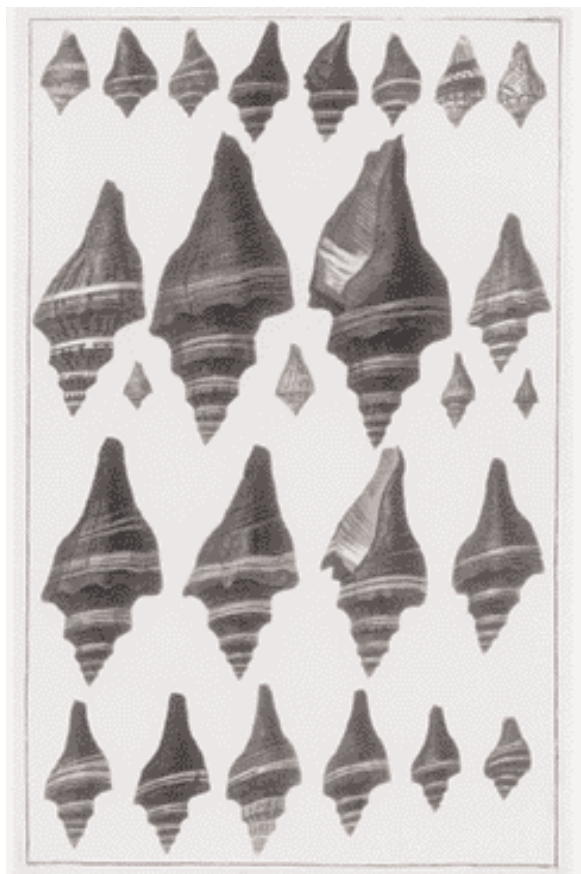
Moluscos marinos del noreste de América, del mar Mediterráneo y de los océanos Índico y Pacífico occidental

en primera persona de Julieta como la gran dama de la divulgación científica en nuestro país.

El primero ocurrió hace por lo menos diez años, en una Feria del Libro del Palacio de Minería en la que Julieta, Manuel Peimbert y yo fuimos invitados a comentar el entonces recién aparecido texto de Emmanuel Davoust titulado *Silencio en el punto del agua. ¿Estamos solos en el universo?* Éste es un libro de divulgación científica astronómica, muy bien escrito, en el que se analizan los pros y los contras sobre la peliaguda cuestión de la existencia de vida en otros planetas, lo que explica la presencia de un biólogo médico entre dos eminentes astrónomos. Manuel y yo hicimos nuestros comentarios apegados al modelo académico correspondiente, o sea, descriptivo, analítico y crítico, destacando los aciertos y señalando los puntos débiles del texto, pero cuando le llegó el turno a Julieta, ella sacó de debajo de la mesa un gorrito de color verde con antenas de extraterrestre (¿o de caracol?), se lo puso y procedió a examinar el libro de Davoust como si fuera una marciana observando las complicadas e incomprensibles actitudes y opiniones de los terrícolas o un bello caracol intrigado por la complicada vida de los humanos. El público estaba encantado, y Manuel y yo también; cuando Julieta terminó le aplaudimos calurosamente y después constatamos que todos los ejemplares del libro que se exponían en la presentación se habían esfumado. Con sus envidiables dotes histriónicas Julieta transformó la pre-

sentación de un libro en un acto exitoso de divulgación científica.

El segundo episodio es más personal. Hace un par de años, cumpliendo con el ritual de los martes en la tarde, recogí a mi biznieto Alejandro de siete años de edad en su escuela en el Pedregal de San Ángel y una vez más nos fuimos de “parranda”, en esa ocasión al Museo Universum de la UNAM, sitio que le encanta porque nunca puede acabar de verlo (lo mismo me pasa a mí). Como es costumbre, iniciamos nuestra visita en el segundo piso viendo las serpientes y los arácnidos vivos en sus cajas de cristal (que a Alejandro le encantan), después caminamos sobre la fotografía aérea de la Ciudad de México, localizamos CU, su casa y hasta mi casa en San Jerónimo y, cuando nos dirigíamos a la tienda del museo, nos tropezamos en el pasillo con Julieta, quien inmediatamente sedujo a Alejandro para visitar su oficina (en donde en un cajón mágico guarda dulces para obsequiar a todos los Alejandros, y libros suyos para regalar a todos los bisabuelos) y después fuimos los tres juntos a explorar el mundo maravilloso del terreno conocido como xxx de la UNAM, cuya entrada está muy cerca de Universum. Julieta y Alejandro se adelantaron en la senda, identificando cada planta, cada piedra y cada escultura, que eran descritas y explicadas por la dama al niño, mientras el bisabuelo los seguía, asombrado y encantado. Este paseo lo hemos comentado varias veces Alejandro y yo, y me complace decirle hoy a Julieta que los dos lo recorda-



Melongenidae de aguas tropicales



Jóvenes chiragras del área indo-pacífica y dos especies de buccinos del Atlántico norte

mos como una bella, generosa e inolvidable experiencia humana, y también de divulgación científica.

Creo que estos dos episodios ilustran el primer aspecto de Julieta que me interesa subrayar y que es su excelencia en el campo de la divulgación científica, alcanzada gracias a su compromiso y a su entrega a tan importante actividad, que además es del dominio público gracias a sus frecuentes entrevistas televisadas y a sus publicaciones en los medios.

Su calidad como divulgadora ha sido reconocida con muchos y distintos premios, entre los que mencionaré el Premio de Divulgación de la Ciencia de la Academia de Ciencias del Tercer Mundo y el Nacional de Divulgación de la Ciencia en 1992; el Premio Kalinga, otorgado por la UNESCO en 1995; la Medalla de Oro Primo Rovis del Centro de Astrofísica Teórica de Trieste en 1996; el Primer Lugar en el Certamen Nacional de Video Científico; el Premio Klumpe-Roberts de la Sociedad Astronómica del Pacífico de los EUA, y el Premio de Periodismo Científico, todos en 1998; el Premio Latinoamericano de Popularización de la Ciencia en Chile, en 2001; la Medalla al Mérito Ciudadano de la Asamblea de Representantes del Distrito Federal y el nombramiento de Mujer del Año en 2003, y la Medalla Benito Juárez en este año de 2004. Con sorpresa anoto que la UNAM todavía no le ha otorgado el Premio Universidad Nacional, cuando hace años que yo ya se lo concedí. Su toque mágico está presente en muchas

salas del Museo Universum, que dirigió durante diez años y hasta muy recientemente.

No sorprende que de una mente tan educada y de un alma tan sensible brote un lenguaje claro, sencillo y fluido. Julieta habla y escribe como ella es: diáfana, ligera y elegante, pero también precisa y definida. Ya la hemos escuchado en su apología de los caracoles del jardín, punto de partida un poco inesperado para sus profundas reflexiones sobre nuestro idioma, sobre la evolución, la relatividad y las funciones de nuestra Academia, y hasta se da el gusto de encontrar poesía en la baba del caracol cuando dice:

Nuestra baba puede o no dar asco, sin embargo, al igual que la del caracol, que se convierte en rasgo estelar cuando emerge el Sol, la nuestra se transforma en fruto de placer luminoso en los actos de amor.

En la introducción de su libro *Los sonidos de nuestro mundo*, escrito con Héctor Domínguez (otro gran divulgador de la ciencia) para los jóvenes tanto de edad como de corazón (digo esto último porque a mí me encantó) nos invita con las siguientes palabras:

Los sonidos del mundo, los sonidos del entorno natural, transmiten mensajes para nosotros y demás especies animales que lo habitan. Las voces humanas, el canto de los pájaros, el ladrido de los perros, el timbre del telé-

Adornada con el manto de una preparación académica impecable, estimulada por un compromiso decidido con su vocación y dotada con una personalidad suave y atractiva, Julieta ha sido y es la campeona de la divulgación de la ciencia...

fono, los ruidos de las ballenas, el sonido de un claxon o de una sirena de ambulancia y, desde luego, la música llevan mensajes.

Así se dice cuando se dice bien, con todas las palabras necesarias y ni una más, como lo hacía Azorín cuando escribía bien, que era casi siempre, siguiendo el mandato majestuoso de Andrés Bello para construir frases con “sujeto, verbo y complemento”. Nuestro idioma nunca suena mejor que cuando dice lo que quiere decir y no dice nada más. Recordemos aquél prólogo que empieza:

Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y el más discreto que pudiera imaginarse; pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante...

Cervantes no inició *El Quijote* escribiendo “querido lector” o, peor aún, “estimado lector” o, con hipocresía, “inexistente lector”. Lo llamó, simplemente, “desocupado lector” porque eso describía la realidad con la máxima precisión y sin adulaciones serviles o intentos velados de soborno intelectual. Todo lo que sigue a esas simples frases, claro está, es la más gloriosa catedral escrita en nuestro idioma, que unos párrafos después Cervantes la ofrece a su “desocupado lector” escribiendo:

Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la innumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse; porque te sé decir que, aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo.

Nuestra Academia está dedicada al estudio y la conservación del idioma español, y lo hace con rigor aca-

démico y con amor permanente, pero no sólo el de los literatos y el de los poetas, sino el de todos los hispanohablantes. Eso explica la presencia, entre los miembros de la Academia Mexicana de la Lengua, no sólo de lexicólogos, de poetas y de novelistas sino también de historiadores, de filólogos, de economistas, de filósofos, de teólogos, de empresarios, de editores, de latinistas, de Alí Chumacero (que es todo eso y otras cosas más), de médicos y, felizmente hoy, con el ingreso formal de Julieta, de científicos divulgadores de la ciencia. Todos hacemos profesionalmente cosas distintas, pero todos coincidimos en nuestro amor y en nuestra preocupación por el idioma español. La diversificación de las ocupaciones formales de los académicos se inició durante la acertada dirección de nuestro hoy Director Honorario de la Academia, José Luis Martínez, y ha continuado con nuestro actual Director, José G. Moreno de Alba. La filosofía de esta política es muy sencilla: combatir la tendencia a la compartimentación de nuestro idioma generada por el desarrollo cada vez más acelerado del conocimiento científico y de la tecnología, atrayendo a nuestra Academia a líderes de las distintas áreas de la cultura contemporánea que compartan nuestro amor por el idioma español y nuestro celo por conservar su unidad y su pureza. La tarea de la Academia no es fácil, pero los que ya tenemos algunos años de participar en ella la encontramos cada vez más atractiva y más estimulante. Y ahora que Julieta ya forma parte oficial de nuestra Academia, me permito agregar, más encantadora.

Quiero terminar estas palabras felicitando en primer lugar a Julieta por su ingreso formal como miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua; felicitando también a la Academia Mexicana de la Lengua por el buen tino y la sabiduría que ha mostrado al enriquecerse con la incorporación de Julieta a nuestras filas y, finalmente, diciéndole a Julieta, en nombre de todos sus amigos y ahora formales colegas académicos y en el mío propio, con nuestros mejores deseos y con mucho cariño, ¡bienvenida! 